

La inercia de lo establecido

Germán Colmenares*

A diferencia de los países anglosajones-protestantes, la tradición católica hispánica de Latinoamérica reserva el discurso moral a un cuerpo especializado. Mucho de la tradición crítica anglosajona está enraizada en actitudes éticas y políticas. Por eso no es raro que el nivel crítico en Latinoamérica sea tan bajo. Prácticamente no compete al individuo el juicio moral sino que éste ha sido entregado de antemano a un cuerpo eclesial que, a su turno, lo convierte en un motivo de predicación en ocasiones rituales y lo ejerce dentro de moldes de generalidad abstracta que nunca llegan a tocar situaciones concre-

tas. Esta peculiaridad se funda en estructuras culturales que reposan sobre una base dogmática. Aquí la vida no tiene por qué estar informada por impulsos morales que atañen al individuo puesto que todo individuo está inscrito en un orden más vasto cuyo movimiento debe superar toda iniciativa individual. La recepción intelectual de doctrinas europeas tiende a conformarse a este patrón. Se recibe la teoría en bloque y a lo sumo se la esquematiza y se la empobrece, pero no es dable elaborar sobre ella. Sus elementos constitutivos básicos deben permanecer intactos y ninguna experiencia concreta puede modificarlos. Esto no obedece enteramente a complejos de inferioridad intelectual o a una sumisión acrítica creada por la dependencia cultural. Constituye una actitud profunda que atribuye a la integridad de

la doctrina su eficacia. La teoría se convierte en un ritual del que no puede omitirse nada sin que pierda su efecto como exorcismo o como ceremonia mágica.

Los colombianos hemos padecido todas las formas de violencia más de cuarenta años. Todo estudio sobre la violencia escrito en el extranjero comienza por observar cómo la palabra violencia designa un estado de cosas más o menos permanente, no un acto pasajero que rompe con un orden establecido. La violencia aquí no es una acción que se agota en su ejercicio sino un fluido que envuelve la vida y se convierte en parte de ella. La violencia no se atribuye a la conducta sino que posee una entidad propia. Sobre ella no parece posible un juicio sino a lo sumo la comprobación material de su existencia y la especulación sobre sus causas, como si se tratara de un fenómeno físico.

La violencia no tiene así un significado, como no lo tiene una piedra o un árbol. Ella está inscrita en el orden social con cualidades semejantes a las de la malaria, la tifoidea o las viruelas. Se habla de su erradicación, de la misma manera que la de la roya o la de alguna enfermedad endémica. La violencia no es sólo material, una cosa, sino que tiene su origen, o debe tenerlo, en causas materiales. La insinuación de que un acto violento es un acto de la voluntad, que no tiene una causa sino un significado, debe parecer muy extraña en Colombia. ¿Cómo podría establecerse un programa gubernamental de erradicación de la violencia sobre esta nación tan extraña? Se puede, por ejemplo, combatir el narcotráfico quemando miles de hectáreas de marihuana o de coca, destruyendo laboratorios o incautando aviones, éter, etc. Pero a nadie se le ocurriría que valga la pena reflexionar sobre la condición de quienes

ejercen ese curioso tráfico, o la lógica y la tradición de sus operaciones. De la misma manera, la violencia no parece involucrar personas sino estructuras que todo lo envuelven. Su misma persistencia en el tiempo parece probar que Colombia, a diferencia de casi todos los países de Hispanoamérica, ha alojado la violencia de manera irrevocable, que por algún extraño mecanismo social la violencia es una condición de nuestra existencia. En el extremo de este curioso razonamiento, a algunos hasta parece preocuparles qué pasaría si no tuviéramos la violencia.

La violencia se ha convertido en Colombia en una especie de garantía de la existencia del ser colectivo. El anonimato que encubre la mayoría de los actos violentos se toma como un signo que debe provenir de alguna entraña profunda e insondable. La naturaleza mítica de la violencia está tan arraigada que cuando se rompe la reticencia de una persona joven a abordar este asunto, cualquier intimación de que no debería haber violencia la vuelve irascible y al momento trata de explicar la necesidad causal de que haya violencia. En esencia, su argumento parece ser el de que si no hubiera violencia todo su horizonte vital experimentaría un hundimiento en el vacío. No estoy implicando que los jóvenes en Colombia tengan una inclinación a la violencia. Simplemente que han nacido en ella, que ella es una porción importante de su experiencia cotidiana y que por lo menos sienten una profunda incredulidad de que sea posible extirparla.

La violencia para los jóvenes no es algo externo como para los adultos. No es algo contra lo que se pueda actuar puesto que toda la conciencia que tienen de ella está envuelta en el ropaje de convenciones idio-

* Germán Colmenares (1938-1990). Doctor en historia de la Universidad de París. Profesor en la Universidad del Valle (Cali, Colombia). Autor de libros fundamentales sobre historia de Colombia y teoría de la historia.

máticas que subrayan su materialidad. ¿Qué pasó el nueve de abril? ¿Qué pasó en el Palacio de Justicia? ¿Qué pasó en Tacueyó? Cualquiera puede enterarse de los detalles horripilantes de estos sucesos. Nuestros periodistas suelen ser exhaustivos, especialmente por la radio, cuando de detalles macabros se trata. Pero, ¿qué significan estos hechos? La pregunta esencial se elude siempre. Estos hechos se van incorporando a la materialidad de la mitología de la violencia como sucesivas capas geológicas que la vuelven más sólida e indestructible. Tal vez lo más inquietante del fenómeno colombiano sea que su violencia no tiene historia. Ella está ahí, siempre presente, sin alteraciones perceptibles, en olas sucesivas que no se diferencian unas de otras y que irrumpen con la monotonía y la regularidad de las marejadas.

Nada más peligroso que exhibir una simple indignidad moral contra la violencia. Con

raras excepciones las prédicas indignadas constituyen una incitación abierta a otras violencias. Pero el otro extremo consiste en acercarse a ella como una cosa que va creciendo como una formación rocosa por la simple adherencia de miles de hechos repetidos e inevitables. Una inercia intelectual inveterada frente a la violencia ha terminado por despojarla de toda significación. Ello ha conducido a su tratamiento puramente pragmático de causa y efectos, de probabilidades y riesgos calculados. La cuestión que se plantea no es de si hay necesidad de un nuevo pacto social que renueve la confianza en unas instituciones sino de hasta qué punto instituciones sin prestigio alguno pueden coexistir con amenazas que se sitúan en límites imprecisos. Se juzga que para mantener las amenazas a cierta distancia debe reforzarse más bien la inercia de lo establecido.